

a minarla por considerarla desequilibrante para el orden social. Precisamente, esta sociedad que no consagraba un poder centralizado en el ámbito político, tampoco estaba dispuesta a sancionarlo en el ámbito familiar.

Por último, las páginas finales de esta obra están dedicadas al análisis del activísimo lugar que le cupo a las mujeres en la economía local. Gauderman señala que la sociedad no sólo admitía, sino que muchas veces incitaba a las mujeres a transformarse en actores económicos de peso. Inclusive, sugiere que la actividad económica constituyó una esfera en la que la mujer enfrentó pocos obstáculos específicamente derivados de su género. Al menos, esto es lo que parecería indicar la gran variedad de mujeres que se dedicaban a un amplio espectro de actividades en los niveles sociales más dispares. Algunas de ellas, incluso, ejercían el rol de cabeza de familia manteniendo a su prole. En Quito, por ejemplo, se encontraban tanto mujeres propietarias de obrajes, como otras dedicadas al comercio regional e interregional. También podía encontrarse a dueñas de tiendas o de haciendas, a encargadas del abasto de la ciudad y a vendedoras en los mercados urbanos. Esta últimas, las gateiras, cumplían un rol relevante en la vida cotidiana y su fuerza era tal que llegaron a enfrentarse con éxito a los intereses de los pulperos y forzaron un cambio en las normas respectivas al mercadeo.

En definitiva, nos encontramos ante una obra sugerente y polémica que procura presentarnos una imagen realista de la mujer quiteña del siglo XVII, inmersa en un sistema social en el que encontró limitaciones pero también algunas herramientas en las que afirmarse. Elaborado con un pulso sutil, este libro nos sitúa frente a fenómenos complejos que rehuyen de las fáciles generalizaciones, e invita a reflexionar acerca de lo intrincado de las relaciones sociales del Antiguo Régimen americano. Por otra parte, otro de los rasgos de gran valor de este estudio lo constituye el hecho que su planteo trasciende el ámbito historiográfico y nos acerca al debate sobre la delicada condición femenina actual en muchas partes de América Latina.

Arrigo A. AMADORI

MAYO, Carlos: *Porque la quiero tanto. Historia del amor en la sociedad rioplatense (1750-1860)*. Buenos Aires.2004. Biblos. 143 páginas.

«La manera de pensar, vivir y representar el amor no ha sido siempre la misma; cada época va trabajando sobre ese sentimiento ancestral que define nuestra condición humana.» Con esta afirmación, Carlos Mayo comienza una obra que pretende ser un recorrido, de más de un siglo, por las diversas manifestaciones rioplatenses de los sentimientos amorosos y de las respectivas concepciones sociales que los encausaron y los condicionaron. Su relato, que comienza a mediados del siglo XVIII y se extiende hasta la década de 1860, constituye una construcción que, en gran medida, se encuentra signada por las dificultades propias de un objeto de estudio remiso en dejarse aprehender por el análisis histórico. En este sentido, la natu-

raleza íntima y, particularmente, vivencial del amor hace que el autor se decante por el enfoque de la historia como sentimiento. En consecuencia, Mayo acaba sosteniendo que las historias de amor narradas en este trabajo, pertenecientes al estrato superior y medio de la sociedad, no pretenden ser representativas de una tendencia de carácter general, sino que prefiere resaltar el valor individual de cada una de ellas. No obstante esto, el autor tiende a llevar el discurso a un plano general en el que traza los lineamientos preponderantes de los comportamientos sociales respecto de las relaciones genéricas. Precisamente, la obra revela esa tensión entre lo singular y lo general, entre cada una de esas historias íntimas e irrepetibles y unas tendencias sociales inclinadas a uniformar las relaciones según un patrón, más o menos rígido, erigido en modelo de lo deseable y de lo execrable.

En cuanto a las vías de acceso al pasado, Mayo utiliza una multiplicidad de perspectivas que le permiten un enriquecido abordaje del objeto de estudio. En primer lugar, cabe destacar el uso de las historias de vida, en este caso historias de amor, tomadas, principalmente, de los epistolarios contenidos en los juicios de disenso. Paralelamente, el autor se aboca a un análisis de la política de los gobiernos respecto de las uniones matrimoniales por intermedio de los fallos de dichos procesos de disenso. Además, en muchos casos, procura destacar la sensibilidad social imperante a partir de la terminología que se utilizaba para referirse a los sentimientos que vinculaban a las parejas. Así, por ejemplo, señala la metamorfosis de los nombres del amor desde el tímido apelativo de inclinación hasta el franco denominador de pasión, pasando por el de voluntad y por el de pasión honesta. Por último, Mayo también se centra en las formas públicas en las que se manifestaban las ideas respecto del amor: la prensa y la literatura.

Respecto al desarrollo, este libro se articula en seis capítulos. El primero de ellos está dedicado a exponer el interior de la relación matrimonial de dos miembros acomodados de la sociedad porteña de mediados del siglo XVIII. Esta dramática historia, en la que el marido prolongó durante años su ausencia del hogar a raíz de sus actividades comerciales en Paraguay, nos introduce en una situación en la que la mujer debió ejercer algunos roles atípicos para su condición. En cuanto a la relación entre ambos, los términos de su correspondencia dejan entrever la presencia de un intenso sentimiento amoroso y revelan un vínculo en el que no es posible hablar sin matices de sumisión femenina.

El segundo capítulo, quizá el mejor logrado de la obra, relata la irrupción en el Plata, algunos años antes del inicio del proceso revolucionario, de una «rebelión sentimental» que llevó a muchas parejas a seguir su inclinación pasional y desafiar las restricciones paternas y sociales relativas al matrimonio. El amor que muchas de ellas profesaban, expresado con franqueza ardiente, puede ser entendido como un anticipo del romanticismo. Esta vivencia se oponía al imaginario social que legitimaba la idea de que en el matrimonio debía primar el interés, la preservación del status, el linaje y los negocios por sobre el amor. De ahí la tenaz oposición paterna y los consecuentes juicios de disenso, en los que se pretendía rectificar las inclinaciones y las promesas otorgadas bajo el influjo de una pasión irreflexiva, capaz de poner en entredicho el orden consagrado. En esta lectura, los padres se erigían como una barrera para impedir las censurables desigualdades en los esponsales.

Las primeras décadas del siglo XIX —objeto del tercer capítulo— presenciaron la reafirmación de la rebelión juvenil y, con ella, el incremento de las alusiones al amor en los procesos de disenso. Conjuntamente, se vislumbró una tenue legitimación de la pasión honesta, aunque subsistió una consideración negativa respecto de la pasión a secas. Hacia la década de 1820, el amor, la inclinación y la voluntad cayeron en desuso y se introdujeron dos cualidades apetecibles en los candidatos al matrimonio: la industriosisidad y el trabajo. Por otra parte, los periódicos comenzaron a exponer una serie de argumentos que reafirmaron la impugnación de la facultad de los padres de decidir los casamientos de los hijos.

Seguidamente, el autor se adentra en la descripción de los rituales que caracterizaban los pasos previos al amor. Estudia las formas a las que se recurría para romper el cerco en el que se encontraban muchas mujeres, las secuencias del cortejo y los ámbitos para los galanteos y las aproximaciones.

Los dos siguientes apartados, por su parte, se refieren al amor durante el período rosista. El autor describe de qué manera la llegada de la generación del 37 marcó el paso del tema del amor a un lugar central en la literatura y en la sensibilidad de los sectores altos y medios de la sociedad rioplatense. El romanticismo significó un impacto nada desdeñable sobre la manera de vivir y concebir el amor en esta época, aunque cabe señalar que la versión rioplatense tuvo un tono mucho más pacato y conservador que su par europeo. A la luz de este fenómeno, el autor presenta un cuadro inesperado de este período, en el que «la pasión es el nuevo nombre del amor, pasión que tras una larga y prolongada condena empieza ahora a legitimarse aunque aún sobreviven voces del pasado que la condenan». En sintonía, puede destacarse la tendencia predominante del gobierno a fallar en favor de los jóvenes en los disensos, consagrando la importancia otorgada por el régimen al amor como uno de los fundamentos del matrimonio. En contrapartida, Mayo presenta las penosas vivencias sentimentales de los exiliados unitarios y las encrucijadas en las que se vieron inmersos, obligados a elegir entre el amor y el deber de la lucha antirrosista.

Finalmente, el último capítulo se dedica a analizar la irrupción amorosa que se produjo en la prensa porteña tras la caída del régimen rosista. Los periódicos se constituyeron en ámbitos para la reflexión acerca de los sentimientos amorosos en artículos en los que se los encomiaba, se los intentaba definir y se les buscaban los más diversos matices. De este modo, el amor traspasó la esfera privada y se proyectó al ámbito de lo público como un elemento digno de atraer el interés y de provocar una reflexión colectiva.

Para concluir, cabe afirmar que este libro deja al lector con cierta decepción, puesto que lo que se presenta como una historia del amor en la sociedad rioplatense, no deja de ser un sugerente conjunto de ventanas abiertas al interior de una serie de vivencias amorosas particulares. De cualquier modo, esta obra constituye un valioso aporte a un ámbito en el que aún se echan de menos las visiones de conjunto de larga duración.

Arrigo A. AMADORI